
Ruben Dario.
Canto a la Argentina
y otros poemas.



PRIMER MILLAR

Ruben Dario.

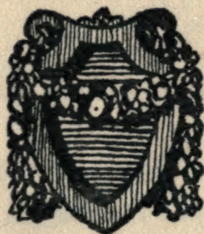
Canto a la Argentina y otros Poemas.

Biblioteca Corona

Madrid 1914.

Madrid.—Imp. Clásica Española, Caños, 1.—Teléf. 4430

ÍNDICE



CANTO A LA ARGENTINA

ARGENTINA! ¡ARGENTINA!
¡Argentina! El sonoro
viento arrebata la gran voz de oro.
Ase la fuerte diestra la bocina,
y el pulmón fuerte, bajo los cristales
del azul, que han vibrado,
lanza el grito: *Oíd, mortales,*
oíd el grito sagrado.

OID el grito que va por la floresta
de mástiles que cubre el ancho estuario,
e invade el mar; sobre la enorme fiesta
de las fábricas trémulas de vida;
sobre las torres de la urbe henchida;
sobre el extraordinario
tumulto de metales y de lumbres
activos; sobre el cósmico portento
de obra y de pensamiento
que arde en las poliglotas muchedumbres;
sobre el construir, sobre el bregar, sobre el soñar,
sobre la blanca sierra,
sobre la extensa tierra,
sobre la vasta mar.

¡ARGENTINA, región de la aurora!
¡Oh, tierra abierta al sediento
de libertad y de vida,
dinámica y creadora!
¡Oh barca augusta, de prora
triunfante, de doradas velas!
De allá de la bruma infinita,
alzando la palma que agita,
te saluda el divo Cristóbal,
príncipe de las Carabelas.

TE abriste como una granada,
como una ubre te henchiste,
como una espiga te erguiste
a toda raza congojada,
a toda humanidad triste,
a los errabundos y parias
que bajo nubes contrarias
van en busca del buen trabajo,
del buen comer, del buen dormir,
del techo para descansar,
y ver a los niños reir,
bajo el cual se sueña y bajo
el cual se piensa morir.

¡ÉXODOS! ¡Éxodos! Rebaños
de hombres, rebaños de gentes
que teméis los días huraños,
que tenéis sed sin hallar fuentes,
y hambre sin el pan deseado,
y amáis la labor que germina.
Los éxodos os han salvado:
¡Hay en la tierra una Argentina!
He aquí la región del Dorado,
he aquí el paraíso terrestre,
he aquí la ventura esperada,
he aquí el Vellocino de Oro,
he aquí Canaán la preñada,
la Atlántida resucitada;
he aquí los campos del Toro
y del Becerro simbólicos;
he aquí el existir que en sueños

mirraron los melancólicos,
los clamorosos, los dolientes
poetas y visionarios
que en sus olimpos o calvarios
amaron a todas las gentes.

HE aquí el gran Dios desconocido
que todos los dioses abarca.
Tiene su templo en el espacio;
tiene su gazofilacio
en la negra carne del mundo.
Aquí está la mar que no amarga,
aquí está el Sahara fecundo,
aquí se confunde el tropel
de los que al infinito tienden,
y se edifica la Babel
en donde todos se comprenden.

TÚ, el hombre de las estepas,
sonámbulo de sufrimiento,
nacido ilota y hambriento,
al fuego del odio huído,
hombre que estabas dormido
bajo una tapa de plomo,
hombre de las nieves del zar,
mira el cielo azul, canta, piensa;
mujik redento, escucha cómo
en tu rancho, en la pampa inmensa,
murmura alegre el samovar.

¡CANTAD, judíos de la pampa!
Mocetones de ruda estampa,
dulces Rebecas de ojos francos,
Rubenes de largas guedejas,
patriarcas de cabellos blancos,
y espesos como hípicas crines;
cantad, cantad, Saras viejas
y adolescentes Benjamines,
con voz de vuestro corazón:
¡Hemos encontrado a Sión!

HOMBRES de Emilia y los del agro
romano, ligures, hijos
de la tierra del milagro
partenopeo, hijos todos
de Italia, sacra a las gentes,
familias que sois descendientes
de quienes vieron errantes
a los olímpicos dioses
de los antaños, amadores
de danzas gozosas y flores
purpúreas y del divino
don de la sangre del vino;
hallasteis un nuevo hechizo,
hallasteis otras estrellas,
encontrasteis prados en donde
se siembra, espiga y barbecha,
se canta en la fiesta del grano,

y hay un gran sol soberano,
como el de Italia y de Jonia
que en oro el terruño convierte:
el enemigo de la muerte
sus urnas vitales vierte
en el seno de la colonia.

HOMBRES de España poliforme,
finos andaluces sonoros,
amantes de zambras y toros,
astures que entre peñascos
aprendisteis a amar la augusta
Libertad, elásticos vascos
como hechos de antiguas raíces,
raza heroica, raza robusta,
rudos brazos y altos cervices;
hijos de Castilla la noble
rica de hazañas ancestrales;
firmes gallegos de roble;
catalanes y levantinos
que heredasteis los inmortales
fuegos de hogares latinos;
iberos de la península
que las huellas del paso de Hércules

visteis en el suelo natal:
¡he aquí la fragante campaña
en donde crear otra España
en la Argentina universal!

¡HELVÉTICOS! La nación nueva
ama el canto del libre. ¡Dad
al pampero, que el trueno lleva,
vuestros cantos de libertad!
El Sol de Mayo os ilumina.
Como en la patria natal
veréis el blancor que culmina
allá donde en la tierra austral
erige una Suiza argentina
sus ventisqueros de cristal.

LLEGAD, hijos de la astral Francia:
hallaréis en estas campiñas
entre los triunfos de la estancia
las guirnaldas de vuestras viñas.
Hijos del gallo de Galia
cual los de la loba de Italia
placen al cóndor magnífico,
que ebrio de celeste azur
abre sus alas en el sur
desde el Atlántico al Pacífico.

VÁSTAGOS de hunos y de godos,
ciudadanos del orbe todos,
cosmopolitas caballeros
que antes fuisteis conquistadores,
piratas y aventureros,
reyes en el mar y en el viento,
argonautas de lo posible,
destructores de lo imposible,
pioneers de la Voluntad:
he aquí el país de la armonía,
el campo abierto a la energía
de todos los hombres. ¡Llegad!

OS espera el reino oloroso
al trébol que pisa el ganado,
océano de tierra sagrado
al agricultor laborioso
que rige el timón del arado.
¡La pampa! La estepa sin nieve,
el desierto sin sed cruenta,
en donde benéfico llueve
riego fecundador que aumenta
las demetéricas savias.
Bella de honda poesía,
suave de inmensidad serena
de extensa melancolía
y de grave silencio plena;
o bajo el escudo del sol
y la gracia matutina,
sonora de la pastoral

diana de cuerno, caracol
y tuba de la vacada;
o del grito de la triunfal
máquina de la ferro-vía;
o del volar del automóvil
que pasa quemando leguas,
o de las voces del gauchaje,
o del resonar salvaje
del tropel de potros y yeguas.

¡LA pampa! Inmolad un corcel
a Hiperión el radiante,
cual canta un dueño del laurel
del Lacio. ¡La pampa fragante!
En la extendida luz del llano
flotaba un ambiente eficaz.
Al forastero, el pampeano
ofreció la tierra feraz;
el gaucho de broncínea faz
encendió su fogón de hermano,
y fué el mate de mano en mano
como el calumet de la paz.

¡OH, como cisne de Sulmona,
brindaras allí nuevos fastos,
celebrarías nuevos ritos
y ceñirías la corona
lírica por los campos vastos
y los sembrados infinitos!
Otros Evandros de América
juntarán arcádicos lauros
mientras van en fuga quimérica
otros tropeles de centauros.

ANIMARÁ la virgen tierra
la sangre de los finos brutos
que da la pecuaria Inglaterra;
irán cargados de tributos
los pesados carros férreos
que arrastran candentes y humeantes
los aulladores elefantes
de locomotoras veloces;
segarán las mieses las hoces
de artefactos casi vivientes;
habrá montañas de simientes;
como en litúrgico aparato
se herirán miles de testuces
en las hecatombes bovinas;
y junto al bullicio del hato,
semejantes a ondas marinas
irán las ondas de avestruces.

Pasarán los largos dragones
con sus caudas de vagones
por la extensión taciturna
en donde el árbol legendario
como un soñador solitario
da sus cabellos al pampero.
Y en la poesía nocturna,
surgirá del rancho primero
el espíritu del pasado
que a modo de luz vaga existe,
cuyo último vigor palpita
en el payador inspirado
que lanza el sollozo del triste
o el llanto de la vidalita.

¡OH, Pampa! ¡Oh, entraña robusta,
mina del oro supremo!
He aquí que se vió la augusta
resurrección de Triptolemo.
En maternal continente
una república ingente
crea el granero del orbe,
y sangre universal absorbe
para dar vida al orbe entero.
De ese inexhausto granero
saldrán las hostias del mañana;
el hambre será, si no vana,
menos multiplicada y fuerte,
y será el paso de la muerte
menos cruel con la especie humana.

¡ARGENTINA! tu ser no abriga
la riqueza tentacular
que a Europa finesecular
incubó la Furia enemiga.
Y si oyes un día explotar
el trágico odio del iluso,
regando ciega desventura,
es que Ananke la bomba puso
en la mano de la Locura.
¡Demeter, tu magia prolífica
del esfuerzo por la bondad
envíe la hostia pacífica
a la boca de la ciudad!

SE agita la urbe, se alza
la Metrópoli reina, viste
el regio manto, se calza
de oro, tiarada de azur
yergue la testa imperiosa
de Basilea del Sur;
es la fecunda, la copiosa,
la bizarra, grande entre grandes;
la que el gran Cristo de los Andes
bendice, y saluda de lejos
entre los vívidos reflejos
del lumar que la corona,
la Libertad anglo-sajona.
Saluda a la Urbe argentina
el Garibaldi romano,
cabalgante en su colina,
en nombre de Roma materna,

vestida de su memoria
y como su decoro eterna.
La saluda Londres que empuña
el gran Tridente de acero
por dominar el mar entero.
La saluda Berlín casqueada
y con égida y espada
como una Minerva bélica.
Y Nueva York la babélica,
y Melbourne la oceánica,
y las viejas villas asiáticas,
y presididas por Lutecia,
todas las hermanas latinas
y hermanas por la libertad.
La saluda toda urbe viva
en donde creyente y activa
va al porvenir la Humanidad.

¡BUENOS Aires! es tu fiesta.
Sentada estás en el solio;
el himno desde la floresta
hasta el colosal Capitolio
tiende sus mil plumas de aurora.
Flora propia te decora,
mirada universal te mira.
En tu homenaje pasar veo
a Mercurio y su caduceo,
al rey Apolo y la lira.

ES la fiesta del Centenario.
El Plata, padre extraordinario,
más que del Tíber y el Sena,
más que del Támesis rubio,
más que del azul Danubio
y que del Ganges indiano,
es el misterioso hermano
del Tigris y Eufrates bíblicos,
pues junto a él han de surgir
los Adanes del porvenir.
Cual por llamamientos cíclicos,
Argentina, solar de hermanos,
diste por tus virtuales leyes
hogar a todos los humanos,
templos a todas las greyes,
cetro a todos los soberanos
que decoran sus propias frentes,

que se coronan por sus manos
con kohinoores y regentes
tallados en sus almas propias,
vertedores de cornucopias,
emperadores de simientes,
césares de la labor,
multiplicadores de pan,
más potentes que Gengis-Khan
y que Nabucodonosor.

SE erizaron de chimeneas
los docks; a los puertos flamantes
llegaron músculos e ideas
que enviaban los pueblos distantes.
Se rasparon viejas carcomas,
se redujeron a pedazos
falsos ídolos, armas romas,
e impusieron sus firmes lazos
la fraternidad de los brazos,
la transmisión de los idiomas.
Para dar las gracias a Dios
guarda la ciudad liberal
las naves de su catedral.
Y se verán construídos los
muros de las iglesias todas,
todas igualmente benditas,
las sinagogas, las mezquitas,

las capillas y las pagodas.
Y en la floración eclesiástica,
los que buscan luz en la sombra,
por la media luna o la suástica,
o por la tora, o por la cruz,
irán al Dios que no se nombra
y hallarán en la sombra luz.

TRÁFAGOS, fuerzas urbanas,
trajín de hierro y fragores,
veloz, acerado hipogrifo,
rosales eléctricos, flores
miliunanochescas, pompas
babilónicas, timbres, trompas,
paso de ruedas y yuntas,
voz de domésticos pianos,
hondos rumores humanos,
clamor de voces conjuntas,
pregón, llamada, todo vibra,
sensación de un foco vital,
como el latir del corazón
o como la respiración
del pecho de la capital.

¡QUE vuestro himno soberbio vibre,
hombres libres en tierra libre!
Nietos de los conquistadores,
renovada sangre de España,
transfundida sangre de Italia,
o de Germania, o de Vasconia,
o venidos de la entraña
de Francia, o de la Gran Bretaña,
vida de la Policolonia,
savia de la patria presente,
de la nueva Europa que augura
más grande Argentina futura.
¡Salud, Patria, que eres también mía,
puesto que eres de la humanidad:
salud, en nombre de la Poesía,
salud en nombre de la Libertad!

¡EL himno, nobles ancianos!
¡El himno, varones robustos!
Pueriles coros escolares,
¡el himno! Llevad en las manos
palmas, coronad los bustos
de los patricios; a millares
dad flores a los monumentos.
El himno en los instrumentos
de armónicas bandas bélicas
que animan las fiestas pacíficas.
El himno en las bocas angélicas
de las gallardas mujeres,
de las matronas prolíficas,
de las parecidas a Ceres,
de las a Diana asemejadas,
las esposas y las amadas.
El himno en la egregia ciudad

y en el inmenso imperio agrario
anuncie el victorioso día,
y vierta su sonoridad
como una copa de armonía
en la fiesta del Centenario.

¡SALUDEMOS las sombras épicas
de los hispanos capitanes,
de los orgullosos virreyes,
de América en los huracanes
águilas bravas de las gestas
o gerifaltes de los reyes;
duros pechos, barbadas testas
y fina espada de Toledo;
capellán, soldado sin miedo,
don Nuño, don Pedro, don Gil,
crucifijo, cogulla, estola,
marinero, alcalde, alguacil,
tricornio, casaca y pistola,
y la vieja vida española!

¡Y gloria! ¡Gloria a los patricios,
bordeadores de precipicios
y escaladores de montañas,
como el abuelo secular
que, fatigado de triunfar
y cansado de padecer,
se fué a morir de cara al mar,
lejos, allá en Boulogne-sur-Mer!

¡HÉROES de la guerra gaucha,
lanceros, infantes, soldados
todos, héroes mil consagrados,
centauros de fábula cierta,
sacrificados del terruño,
granaderos el rayo al puño,
locos de gloria, despierta
al sol la mente! La Fama
a todos ilustres proclama,
sus hechos ínclitos nombra,
constela con ellos la sombra
y forma un halo en el azur,
a la dantesca Cruz del Sur.
Así la sideral retórica
de las odas y de las águilas
va en sublimes hipérboles
a ofrendar sus rítmicos dones

al gran Dios de las naciones.
¡Por todo el himno! La expresión
del colosal corazón
de esa patria palpitante:
la nieve de la cordillera
y el azul forman la bandera
que sostiene un brazo de Atlante.
La Argentina de fuertes pechos
confía en su seno fecundo
y ofrece hogares y derechos
a los ciudadanos del mundo.

¡OH, Sol! ¡Oh, padre teogénico!
¡Sol simbólico que irradias
en el pabellón! Salomónico
y helénico, lumbre de Arcadias,
mítico, incásico, mágico!
¡Foibos triunfante en el trágico
vencimiento de las sombras;
Tabu y Totem del abismo!
¡Oh, Sol! que inspiras y asombras,
que perdure tu portento
que el orbe todo ilumina
tal como en el firmamento
desde la enseña argentina.
Y con la lluvia sagrada
y con el aire propicio,
brinda a la tierra labrada
en el rural ejercicio

plurales savias y fragancias
y el don de matriz y de ubre
que de cosechas pingües cubre
los edenes de las estancias.
Ilumina el advenimiento
del creciente pensamiento
que crea el caudal en la banca,
o en el taller la estatua blanca
que decora el monumento.
Al lírico que el verso arranca
del corazón del instrumento.
A los que un Píndaro diera,
por los olímpicos juegos,
por el salto, por la carrera
la oda cara a los griegos,
que se cerniría sonora
sobre el aquilino aeroplano
que es grifo, pegaso y quimera;
sobre el remero que evoca
haciendo volar la prora

los de la pristina galera;
sobre los que en lucha loca
disputan la elástica esfera;
sobre las sudorosas frentes
de los sanos adolescentes.
Ilumina el casco griego
que cubre la cabeza altiva
de los combatientes del fuego;
vierte tu luz genitiva
sobre las mil procesiones
que arbolan sus estandartes
y cantan en sus canciones
la paz, la dicha y las artes.
Van los magistrados egregios,
van las espadas relumbrosas,
van las pompas y lujos regios,
van las niñas de los colegios
como lirios y como rosas.
¡Sonad, oh claros clarines,
sonad tambores guerreros,

en el milagroso escenario;
los nombres de los paladines,
nombres oros, nombres aceros,
se oyen en vuestros sones fieros
en la fiesta del Centenario!
Viento de amor en la floresta
cívica pasa. Es la fiesta
de las guirnaldas de fe,
de los ramos de esperanza,
de los mirtos de amor y de
los olivos de bonanza.
Hojas de roble, hojas de hiedra,
para el fundador de ciudades,
que puso la primera piedra,
que unificó las voluntades,
que dedicara las vigilias,
que consagrara los dineros,
al colmenar de los obreros
y a los nidos de las familias.

CONSPICUAS guirnaldas de gloria
a aquellos antiguos que hacen
de bronce y de mármol la historia.
Hoy los abuelos renacen
en la floración de los nietos.
Por sublimes amuletos
lo antes soñado ahora existe,
y la Argentina reviste
su presente manto suntuario
y piensa en los brillos futuros
en la fiesta del Centenario.
Ahora es cuando los videntes
de los porvenires obscuros
miran las estrellas polares,
e interpretando los orientes
canten cármenes seculares.
Hoy los cuatro caballos sacros

las fogosas narices hinchan,
como en versos y simulacros,
huellan nubes, al sol relinchan,
y a un más allá se encaminan
marcando el cielo de huellas;
mientras otros astros declinan
ellos van entre las estrellas
por obra de la ley eterna
que el ritmo del orbe gobierna.
Ante la cuadriga que crina
de orgullos de olimpo su llama,
voz de augurio animador clama:
¡Hay en la tierra una Argentina!

DIRÉ la beldad y la gracia
de la mujer. Así cual
por singular eficacia
el buen jardinero acierta
a crear en su arte vegetal
por lo que combina e injerta,
por lo que reparte o resume,
inédito tipo de rosas,
de crisantemos o jacintos,
con raros aspecto y perfume,
con corolas esplendorosas,
con formas y tonos distintos,
así la mujer argentina
con savias diversas creada,
espléndida flor animada,
esplende, perfuma y culmina.

TALLE de vals es de Viena,
ojo morisco es de España,
crespa y espesa pestaña
es de latina sirena;
de Britania será esa piel
cual la de la pulpa del lis
y que se sonrosa en el
rostro angélico de la miss;
esa ondulante elegancia
es de la estelar París,
y esa luminosa fragancia
de las entrañas del país.
Concentración de hechizos varios,
mezcla de esencias y vigores,
nórdico oro, mármoles parios,
algo de la perla y del lirio,
música plástica, visión

del más encantador martirio,
voluptuosidad, ilusión,
placidez que todo mitiga,
o pasión que todo lo arrolla,
leona amante o dulce enemiga,
tal la triunfante Venus criolla.

SE tejerán frescas coronas
en recuerdo de las patricias
que fueron como las matronas
de Roma, como las mujeres
de Esparta. Las que son delicias
y ensueños de las moradas,
cumplirán filiales deberes
con las genitoras pasadas;
y recordándolas a ellas,
siendo las amadas y esposas
llenarán radiantes y bellas
la obligación de las estrellas
y la misión de las rosas.

DIRÉ de la generación
en flor, de las almas flamantes,
primavera e iniciación;
de vosotros, oh estudiantes,
empenachados de ilusión
y acorazados de audacia,
que tendéis vuestras almas plenas
de amor, de fuerza y de gracia,
al divino Platón de Atenas
o al celeste Orfeo de Tracia,
a la Verdad o a la Armonía,
al Cálculo o al Ensueño,
firmes de ardor, vivos de empeño,
robustos de confianza propia
y a quienes es justo que ceda
la fugaz Fortuna su rueda,
la Abundancia su cornucopia;

vosotros que sabéis por qué
abre Pegaso las alas
y hay misterio en la lumbre de
los ojos del buho de Palas,
sed cantados y bendecidos.
Estad atentos a los ruidos
que preceden la alba naciente,
estad atentos a los nidos
que se incuban en el presente,
a lo que vendrá y que se anuncia,
en la palabra que pronuncia
vuestra boca. El grito sagrado
para vosotros resuena
como pitagórico verso,
clamad así ante el universo:
¡Ave, Argentina, vita plena!
¡Jóvenes, frentes para lauros,
brazos para amantes abrazos,
pero también gímnicos brazos
para hidras y minotauros;

infantes de mundial estirpe,
que vuestra voluntad extirpe,
falso anhelo, odio victimario,
y en el patriótico sagrario
dejéis como ofrendas de aristos
ansias de Perseos o Cristos
en la fiesta del Centenario!

CUANDO el carro de Apolo pasa
una sombra lírica llega
junto a la cuadriga de brasa
de la divinidad griega.
Y se oyen como vagos aires
que acarician a Buenos Aires:
es el alma de Santos Vega.
El gaucho tendrá su parte
en los jubileos futuros,
pues sus viejos cantares puros
entrarán al reino del Arte.

CANTARÉ del primer navío
que velivolante saliera
desde las aguas del Río
de la Plata con la bandera
bicolor al mástil gallardo.
Recordad al nauta que vino
de Saint-Tropez, a Buchardo,
el capitán franco-argentino,
hábil bajo las marejadas,
bajo las tormentas ufano;
y a todos sus camaradas
que fueron por el oceano,
denodados predecesores
de los que hoy en acorazadas
naves portan a sol y bruma
los dos simbólicos colores
flameantes sobre la espuma.
Bien vayan torres y palacios

erizados de cañones
suprimiendo tiempo y espacios
a visitar a las naciones,
pero no por guerra voraz,
productora de luto y llanto,
mas diciendo como en el canto
del italiano: ¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!
Heroica nación bendecida,
ármate para defenderte;
sé centinela de la Vida
y no ayudante de la Muerte.
Que tus máquinas de hierro
y que las bruñidas bocas
cruentas no alegren al perro
negro avernal. Que tu lanza,
cual la libertad que invocas,
garantía a tu pueblo sea;
que tu casco abrigue la Idea,
sabiduría y esperanza,
como el de Palas Atenea.

¡SALGAN y lleguen en buen hora,
dominando los elementos
las velas que el marino adora,
y los steamers humeantes
que conducen los alimentos,
la carga de los fabricantes,
los ejércitos de emigrantes,
el designio, el brazo que va
a arar, sembrar y producir
en el latifundio, en el pago,
partan las naves de Cartago
y arriben las naves de Ofir!
¡Y bien se escuche en las funciones
de conmemoración el trueno
de las salvas de los cañones
del mar conmoviendo el estuario
de hímnicas vibraciones lleno
en la fiesta del Centenario!

¡GLORIA a América prepotente!
Su alto destino se siente
por la continental balanza
que tiene por fiel el istmo:
los dos platos del continente
ponen su caudal de esperanza
ante el gran Dios sobre el abismo.
¿Y por quién sino por tu gloria,
oh, Libertad, tanto prodigio?
Aguila, Sol y Gorro Frigio
llenan la americana historia.
Y en lo infinito ha resonado,
júbilo de la humanidad,
repetido el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Antes que Ceres fué Mavorte
el triunfador continental.

Sangre bebió el suelo del Norte
como el suelo Meridional.
Tal a los siglos fué preciso.
Para ir hacia lo venidero,
para hacer, si no el paraíso,
la casa feliz del obrero
en la plenitud ciudadana,
vínculo íntimo eslabona
e ímpetu exterior hermana
a la raza anglo-sajona
con la latino-americana.
Proles múltiples, muchedumbres,
tupidas colmenas de hombres,
transformadoras de costumbres,
con vosotras está la suma
de fuerza en que América finca;
fuisteis presentidas del inca;
os adivinó Moctezuma.
En este día supremo:
¡Excelsior! se oye en un extremo;

en el otro se oye ¡Adelante!
¡Glorificado el instante
en que resurge Triptolemo!
América que la dicha encierra
vivirá del sol y la tierra;
y hoy la tierra, pánico incensario
encendido por el destino,
perfuma el día argentino
en la fiesta del Centenario.

A las evocaciones clásicas
despiertan los dioses autóctonos,
los de los altares pretéritos
de Copán, Palenque, Tihuanaco,
por donde quizá pasaran
en lo lejano de tiempos
y epopeyas Pan y Baco.
Y en lo primordial poético
todo lo posible épico,
todo lo mítico posible
de mahabaratas y génesis,
lo fabuloso y lo terrible
que está en lo ilimitado y quieto
del impenetrable secreto.

CANTARÉ la Paz sobre todo.
Huya el Demonio perverso,
huya el Demonio beodo
que incendia en mal el universo,
desaparezcan las furias
que con sangre de los ejércitos
empurpuraron las centurias;
que no más rujan los tigres
marciales sino de alegría,
y que a la Paz se alce un templo
como aquel que dando un ejemplo
insigne Augusto romano
ordenara elevar un día.
El industrioso ciudadano
el ramo de olivo venere:
que tenga sus armas listas,
no para inhumanas conquistas,

mas para defender su tierra
donde por la patria se muere.
¡Guerra, pues, tan sólo a la guerra!
Paz, para que el pensamiento
domine el globo, y vaya luego,
cual bíblico carro de fuego,
de firmamento en firmamento.
¡Paz para los creadores,
descubridores, inventores,
rebuscadores de verdad;
paz a los poetas de Dios,
paz a los activos y a los
hombres de buena voluntad!
En paz la hora renaciente,
continua y poliformemente,
el movimiento y no la inercia,
legiones dueñas de sus actos,
gente que osa, que comercia,
multiplica los artefactos,
combate la escasez, la negra

miseria, y pasa sus revistas
a las usinas y talleres;
y sus horas áureas alegra
con la invención de los artistas
y la beldad de las mujeres.
¿A qué los crueles filósofos?
¿A qué los falsos crisóstomos
de la inquina y de la blasfemia?
¡Al pueblo que busca ideal
ofrezca una nueva academia
sus enseñanzas contra el mal,
su filosofía de luz;
que no más el odio emponzoñe,
y un ramaje de paz retoñe
del madero de la Cruz!

¡ARGENTINA! el cantor ha oteado
desde la alta región tu futuro.
Y vió en lo inmemorial del pasado
las metrópolis reinas que fueron,
las que por Dios malditas cayeron
en instante pestífero; el muro
que crujió remordido de llamas
la hervorosa Persépolis, Tiro,
la imperial Babilonia que aun brama,
y las urbes que vieron a Ciro,
a Alejandro, y a todos los fuertes
que escoltaron victorias y muertes.
Y miró a Bizancio y a Atenas,
y a la que, domadora del mundo
siendo Lupa indomable, fué Roma.
Y vió tronos, suplicios, cadenas,
y con tiaras a tigres y hienas.

Y cien más capitales precitas
donde el hombre fué ciego a la vasta
Libertad, donde fueron escritas
terroríficas y duras leyes,
contra tribus y pueblos y casta,
o las leyes fueron voluntades;
y a través de tragedias y gestas
derrumbáronse tronos y reyes,
o se hicieron cenizas ciudades
por ensalmos de frases funestas.
Y después otros siglos y luchas,
otra vez lo que arrasa y escombra,
muchos reinos que surgen y muchas
vanidades que caen en la sombra
infinita. Mane, Thecel, Phares.
Y el poeta miró un astro eterno
sobre ruinas y tierras y mares,
que alumbraba con su claridad
nuevos cultos, cultura y gobierno,
y a su brillo quedó deslumbrado:

era el astro de la Libertad.
Argentinos, la inmortal estrella
a vosotros simbólica es Sol:
las naciones son grandes por ella:
lo sabía el abuelo español.
Dad a todas las almas abrigo,
sed nación de naciones hermana,
convidad a la fiesta del trigo,
al domingo del lino y la lana,
thanks-giving, yon kipour, romería,
la confraternidad de destinos,
la confraternidad de oraciones,
la confraternidad de canciones,
bajo los colores argentinos!

ARGENTINA, el día en que te vistes
de gala, en que brillan tus calles
y no hay aspectos ni almas tristes
en alturas, pampas y valles;
el día en que desde tus fuertes,
tus cruceros y tus cuarteles
salvas lanzas, músicas viertes
entre las palmas y laureles,
visitada por los príncipes
de reinos y tierras lejanas
y mensajeros de repúblicas,
son las patrias americanas
las que más comparten tu júbilo.
Son las próximas hermanas
las que te proclaman primera
en el decoro familial,
después de heroica y guerrera,

hospitalaria y maternal.
Argentina tiarada de ónice
y de mármol, se puede ver
cuál luce sobre tu frente
el diamante refulgente
de las alturas, Lucifer:
pues eres la aurora de América.
Magnifícase tu apoteosis,
regazo de múltiples climas,
preferida del nuevo siglo,
y en sus cláusulas y en sus rimas
te profetizan tus profetas
y te poetizan tus poetas.
Crece el tesoro año por año
mientras prosigues las tareas
de las por Dios suspendidas
civilizaciones de antaño;
encarnas, produces, creas
cerebro para otras ideas,
útero para nuevas vidas.

Tus hijos llevarán en sí
por su sangre el hierro y rubí
de los cuatro puntos del globo.
Concentración de los varones
de vedas, biblias y coranes,
en el colmo de sus afanes,
en el logro de sus acciones,
tu floración de floraciones
tendrá un perfume latino.
En el primitivo crisol
Roma influyó en tu destino,
cuando a través del español
puso su enérgico metal.
Y sus históricas llamas
animarán genios y famas
al argentino Arco Triunfal.

¡Y yo, por fin, qué he de decirte
en voto cordial, Argentina!
Que tu bajel no encuentre sirte,
que sea inexhausta tu mina,
inacabables tus rebaños
y que los pueblos extraños
coman el pan de tu harina.
¡Cómalo yo en postreros años
de mi carrera peregrina,
sintiendo las brisas del Plata!
Que libre de hambre y pestes
por tus tesoros y tu ciencia,
jamás enemigas huestes
te combatan. Tu preeminencia
sea siempre mayor, y homérica
voz de tu genio viril
por ti diga el triunfo de América.

Y mi inspiradora, alumna
del Musagetes, al viento
las alas, mi pensamiento
florido da a la columna,
riega junto al monumento;
y en lo solemne del coro
del himno, el acento canoro
une mi amor y mi acento:
¡Argentina tu día ha llegado!
¡Buenos Aires, amada ciudad,
el Pegaso de estrellas herrado
sobre ti vuela en vuelo inspirado!
Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

LA CARTUJA

ESTE VETUSTO MONASTERIO
HA VISTO,
Secos de orar y pálidos de ayuno,
Con el breviario y con el Santo Cristo,
A los callados hijos de San Bruno.

A los que en su existencia solitaria,
Con la locura de la cruz y al vuelo
Místicamente azul de la plegaria,
Fueron a Dios en busca de consuelo.

Mortificaron con las disciplinas
Y los cilicios la carne mortal
Y opusieron, orando, las divinas
Ansias celestes al furor sexual.

La soledad que amaba Jeremías,
El misterioso profesor de llanto,
Y el silencio, en que encuentran harmonías
El soñador, el místico y el santo,

Fueron para ellos minas de diamantes
Que cavan los mineros serafines
A la luz de los cirios parpadeantes
Y al son de las campanas de maitines.

Gustaron las harinas celestiales
En el maravilloso simulacro,
Herido el cuerpo bajo los sayales,
El espíritu ardiente en amor sacro.

Vieron la nada amarga de este mundo,
Pozos de horror y dolores extremos,
Y hallaron el concepto más profundo
En el profundo «*De morir tenemos*».

Y como a Pablo e Hilarión y Antonio,
A pesar de cilicios y oraciones,
Les presentó, con su hechizo, el demonio
Sus mil visiones de fornicaciones.

Y fueron castos por dolor y fe,
Y fueron pobres por la santidad,
Y fueron obedientes porque fué
Su reina de pies blanços la humildad.

Vieron los belcebúes y satanes
Que esas almas humildes y apostólicas
Triunfaban de maléficos afanes
Y de tantas acedias melancólicas.

Que el *Mortui estis* del candente Pablo
Les forjaba corazas arcangélicas
Y que nada podría hacer el diablo
De halagos finos o añagazas bélicas.

¡Ah! fuera yo de esos que Dios quería,
Y que Dios quiere cuando así le place,
Dichosos ante el temeroso día
De losa fría y *¡Requiescat in pace!*

Poder matar el orgullo perverso
Y el palpitar de la carne maligna,
Todo por Dios, delante el Universo,
Con corazón que sufre y se resigna.

Sentir la unción de la divina mano,
Ver florecer de eterna luz mi anhelo,
Y oir como un Pitágoras cristiano
La música teológica del cielo.

Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia
Que al Angel hace estremecer las alas.
Por la oración y por la penitencia
Poner en fuga a las diablesas malas.

Darme otros ojos, no estos ojos vivos
Que gozan en mirar, como los ojos
De los sátiros locos medio-chivos,
Redondeces de nieve y labios rojos.

Darme otra boca en que queden impresos
Los ardientes carbones del asceta,
Y no esta boca en que vinos y besos
Aumentan gulas de hombre y de poeta.

Darme unas manos de disciplinante
Que me dejen el lomo ensangrentado,
Y no estas manos lúbricas de amante
Que acarician las pomas del pecado.

Darme una sangre que me deje llenas
Las venas de quietud y en paz los sesos,
Y no esta sangre que hace arder las venas,
Vibrar los nervios y crujir los huesos.

¡Y quedar libre de maldad y engaño,
Y sentir una mano que me empuja
A la cueva que acoge al ermitaño,
O al silencio y la paz de la Cartuja!

PEQUEÑO POEMA DE CARNAVAL

A Madame Leopoldo Lugones.

HA MUCHO QUE LEOPOLDO
Me juzga bajo un toldo
De penas, al rescoldo
De una última ilusión.
O bien cual hombre adusto
Que agriado de disgusto
No hincha el cuello robusto
Lanzando una canción.

Juzga este ser titánico
Con buen humor tiránico
Que estoy lleno de pánico
Desengaño o esplín,
Porque ha tiempo no mana
Ni una rima galana,
Ni una prosa profana
De mi viejo violín.

Y por tales cuidados
Me vino con recados,
Lindamente acordados,
Que dice que le dió
Primavera, la niña
De florida basquiña
A quien por la campiña
Harto perseguí yo.

No hay tal, señora mía.
Y aquí vengo este día,
Lleno de poesía,
Pues llega el Carnaval,
A hacer sonar en grata
Hora, lira de plata,
Flauta que olvidos mata,
Y sistro de cristal.

Pues en París estamos,
Parisienses hagamos
Los más soberbios ramos
De flores de París,
Y llenen esta estancia
De gloria y de fragancia,
Bellas rosas de Francia
Y la hortensia y la lis.

¡Viva la ciudad santa
—De diabla que es—que encanta
Con tanta gracia y tanta
Furia de porvenir;
Que es la única en el mundo
Donde en sueños me hundo
Con lo dulce y profundo
Del gozo del vivir!

Viva, con sus coronas
De laurel, sus sorbonas,
Y sus lindas personas
Pérfidas como el mar;
Viva, con «gamin» listo
Estudiante y aristo,
Y el gallo nunca visto
Y el gorrión familiar.

Yo he visto a Venus bella,
En el pecho una estrella,
Y a Mammón ir tras ella
Que con ligero pie
Proseguía adelante,
Parándose delante
Del fuego del diamante
De la rue de la Paix.

Creí tras los macizos
De un jardín, los carrizos
Oir, llenos de hechizos,
De la flauta de Pan.
Reía Primavera
De la canción ligera:
El griego dios no era,
Era el pobre Lelián.

Y ahora, cuando empache
La fiesta, y el apache
Su mensaje despache
A la Alegría vil,
Dará púrpura a Momo
En un divino asomo
Escapada de un tomo
La sombra de Banville.

Las musas y las gracias
Vuelven de las acacias
Con sus aristocracias
Doradas por el luis;
Y el avaro de Plauto
O Molière, irá incauto
Tras las huellas del auto
Al café de París.

Pero todo, señora,
Lo consagra y decora,
Lo suaviza y lo dora
La mágica ciudad
Hecha de amor, de historia,
De placer y de gloria,
De hechizo y de victoria,
De triunfo y claridad.

¡Vivan los Carnavales
Parisienses! Los males
Huyen a los cristales
De la viuda Clicquot.
¡Y pues que Primavera
Quería un canto, fuera
La armoniosa quimera
Que llevo dentro yo!

Y de nuevo las rosas
Y las profanas prosas
Vayan a las hermosas,
Al aire, al cielo, al sol:
Vaya el verso con alas
Y la estrofa de galas
Y suenen cosas galas
Con el modo español.

Así verá Lugones
Cómo las ilusiones
Reviven a los sones
Del canto fraternal,
Y brota el tallo tierno
En otoño o invierno.
¡Pues Apolo es eterno
Y el arte es inmortal!

Que mire nuestro Orfeo
Cumplido su deseo
Y que no encuentre un reo
De silencios en mí;
Y para mi acomodo
No emplee agudo modo,
Pues, «a pesar de todo»,
Nuestro Hugo no era así.

¡Vivat Gallia Regina!
Aquí nos ilumina
Un sol que no declina;
Eros brinda su flor,
Palas nos da la mano
Mientras va soberano
Rigiendo su aeroplano
Icaro vencedor.

¡Ah señora! yo expreso
Mi gratitud, mi exceso
De gratitud, y beso
Tanto ilustre laurel.
Celebro aulas sagradas,
Artes, modas lanzadas,
Y las damas pintadas
Y los *maîtres d'hôtel.*

Y puesta la careta
Ha cantado el poeta
Con cierta voz discreta
Que propia suya es;
Y reencontró su aurora,
Sin viña protectora
O caricia traidora
De brebaje escocés.

Sepa la Primavera
Que mi alma es compañera
Del sol que ella venera
Y del supremo Pan.
Y que si Apolo ardiente
La llama, de repente
Contestará: ¡Presente,
Mi capitán!

VALLDEMOSA

VAGO CON LOS CORDEROS Y CON LAS CABRAS TREPO
Como un pastor por estos montes de Valldemosa,
Y entre olivares pingües y entre pinos de Alepo
Diviso el mar azul que el sol baña de rosa.

Y en tanto que el Mediterráneo me acaricia
Con su aliento yodado y su salino aroma,
Creo mirar surgir una barca fenicia,
Una vela de Grecia, un trirreme de Roma.

Y me saca de mi éxtasis en la dulce mañana
El oír que del campo cercano llegan unas
Notas de evocadora melopea africana
Que canta una payesa recogiendo aceitunas.

Pían los libres pájaros en los vecinos huertos;
Se enredan las copiosas viñas a las higueras,
Y muestra el sexual higo dos labios entreabiertos
Junto al ámbar quemado de las uvas postreras.

Plinio llama *Baleares funda bellicosas*
A estas islas hermanas de las islas Pytiusas;
Yo sé que coronadas de pámpanos y rosas
Aquí a un tiempo danzaron ante la mar las musas.

Y si a esta región dieron Catarina y Raimundo
Paz que a Cristo pidieron Raimundo y Catarina,
Aun se oye el eco de la flauta que dió al mundo
Con la música pánica vitalidad divina.

LOS MOTIVOS DEL LOBO

EL VARÓN QUE TIENE CORAZÓN DE LIS,
Alma de querube, lengua celestial,
El mínimo y dulce Francisco de Asís,
Está con un rudo y torvo animal,
Bestia temerosa, de sangre y de robo,
Las fauces de furia, los ojos de mal:
El lobo de Gubbia, el terrible lobo.
Rabioso ha asolado los alrededores,

Cruel ha deshecho todos los rebaños;
Devoró corderos, devoró pastores,
Y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
Fueron destrozados. Los duros colmillos
Dieron cuenta de los más bravos perros,
Como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió:
Al lobo buscó
En su madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
Enorme, que al verle se lanzó feroz
Contra él. Francisco, con su dulce voz,
Alzando la mano,
Al lobo furioso dijo:—*¡Paz, hermano
Lobo!* El animal
Contempló al varón de tosco sayal;
Dejó su aire arisco,

Cerró las abiertas fauces agresivas,
Y dijo:—*¡Está bien, hermano Francisco!*
¡Cómo!--exclamó el santo.—*¿Es ley que tú vivas*
De horror y de muerte?
¿La sangre que vierte
Tu hocico diabólico, el duelo y espanto
Que esparces, el llanto
De los campesinos, el grito, el dolor
De tanta criatura de Nuestro Señor,
¿No han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel o Belial?
Y el gran lobo, humilde:—*¡Es duro el invierno,*
Y es horrible el hambre! En el bosque helado
No hallé qué comer; y busqué el ganado,
Y en veces comí ganado y pastor.
¿La sangre? Yo vi más de un cazador
Sobre su caballo, llevando el azor
Al puño; o correr tras el jabalí,

El oso o el ciervo; y a más de uno vi
Mancharse de sangre, herir, torturar,
De las roncas trompas al sordo clamor,
A los animales de Nuestro Señor.
Y no era por hambre, que iban a cazar.
Francisco responde:—*En el hombre existe*
Mala levadura.
Cuando nace viene con pecado. Es triste.
Mas el alma simple de la bestia es pura.
Tú vas a tener
Desde hoy qué comer.
Dejarás en paz
Rebaños y gente en este país.
¡Que Dios melifique tu ser montaraz!
—Está bien, hermano Francisco de Asís.
—Ante el Señor, que todo ata y desata,
En fe de promesa tiéndeme la pata.
El lobo tendió la pata al hermano
De Asís, que a su vez le alargó la mano.
Fueron a la aldea. La gente veía

Y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
Y, baja la testa, quieto le seguía
Como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
Y allí predicó.
Y dijo:—*He aquí una amable caza.*
El hermano lobo se viene conmigo;
Me juró no ser ya nuestro enemigo,
Y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento
A la pobre bestia de Dios.—*¡Así sea!,*
Contestó la gente toda de la aldea.
Y luego, en señal
De contentamiento
Movió testa y cola el buen animal,
Y entró con Francisco de Asís al convento.

ALGÚN tiempo estuvo el lobo tranquilo
En el santo asilo.
Sus bastas orejas los salmos oían
Y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
Cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
El lobo las pobres sandalias lamía.
Salía a la calle,
Iba por el monte, descendía al valle,
Entraba a las casas y le daban algo
De comer. Mirábanle como a un manso galgo.
Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
Dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
Desapareció, tornó a la montaña,

Y recomenzaron su aullido y su saña.
Otra vez sintióse el temor, la alarma,
Entre los vecinos y entre los pastores;
Colmaba el espanto los alrededores,
De nada servían el valor y el arma,
Pues la bestia fiera
No dió treguas a su furor jamás,
Como si tuviera
Fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
Todos lo buscaron con quejas y llanto,
Y con mil querellas dieron testimonio
De lo que sufrían y perdían tanto
Por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.
Se fué a la montaña
A buscar al falso lobo carnicero.
Y junto a su cueva halló a la alimaña.

—En nombre del Padre del sacro universo,
Conjúrote, dijo, *¡oh lobo perverso!,*
A que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?
Contesta. Te escucho.
Como en sorda lucha, habló el animal,
La boca espumosa y el ojo fatal:
—Hermano Francisco, no te acerques mucho...
Yo estaba tranquilo allá, en el convento,
Al pueblo salía,
Y si algo me daban estaba contento
Y manso comía.
Mas empecé a ver que en todas las casas
Estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
Y en todos los rostros ardían las brasas
De odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
Perdían los débiles, ganaban los malos,
Hembra y macho eran como perro y perra,
Y un buen día todos me dieron de palos.
Me vieron humilde, lamía las manos

Y los pies. Seguía tus sagradas leyes,
Todas las criaturas eran mis hermanos,
Los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
Hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera,
Y su risa fué como un agua hirviente,
Y entre mis entrañas revivió la fiera,
Y me sentí lobo malo de repente;
Mas siempre mejor que esa mala gente.
Y recomencé a luchar aquí,
A me defender y a me alimentar,
Como el oso hace, como el jabalí,
Que para vivir tiene que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
Déjame existir en mi libertad,
Vete a tu convento, hermano Francisco,
Sigue tu camino y tu santidad.

El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,

Y partió con lágrimas y con desconsuelos,
Y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,
Que era: *Padre nuestro, que estás en los cielos...*

FRANCE-AMÉRIQUE

UN VENT PLEIN DE SANGLOTS SUR LA
MER IMPASSIBLE
Vient jusqu'ici! La France écoute, grave. Or,
Ce sont les voix éplorées, la douleur terrible
Des Hécubes en pleurs des Amériques d'or.

Là-bas, dans l'épouvante et l'injure et la haine,
Les chasseurs de la mort ont sonné l'hallali,
Et de nouveau soufflant sa venimeuse haleine
On croirait voir la bouche d'Huitzilohoxtli.

Il semblerait que tous les démons du passé
Viennent de s'éveiller empoisonnant la terre.
Si contre nous l'étendard sanglant s'est levé,
C'est l'étendard hideux de ce tyran: la Guerre.

Marseillaises de bronze et d'or qui vont dans l'air
Sont pour nos cœurs ardent le chant de l'espérance.
En entendant du coq gaulois le clairon clair
On clame: Liberté! Et nous traduisons: France!

Car la France sera toujours notre espérance,
La France à la Amérique donnera sa main,
La France est la patrie de nos rêves! La France
Est le foyer beni de tout le genre humain!

Crions Paix! sous les feux des combattants en marche,
La paix qui prêche l'aube et chante l'angelus,
La Paix qui promulgua la colombe de l'arche
Et fut la voix de l'ange et la croix de Jésus.

Crions: Fraternité! que l'oiseau symbolique
Soit nonce de fraternité dans le ciel pur,
Que l'aigle plane sur notre immense Amérique
Et que le condor soit son frère dans l'azur.

Et toi, Paris! magicienne de la Race,
Reine latine, éclaire notre jour obscur,
Donnez-nous le secret, que votre pas nous trace
Et la force du *Fluctuat nec mergitur!*

Et quand nous sommes pris dans cette noire flamme,
Qui fait de nos esprits, de Caïn les égaux
Nous levons nos régards et nous chauffons nos âmes
Au soleil de Voltaire et de Victor Hugo!

LA ROSA NIÑA

A Mademoiselle Margarita M. Guido.

CRISTAL, ORO Y ROSA. ALBA
EN PALESTINA.
Salen los tres reyes de adorar al rey,
Flor de infancia llena de una luz divina
Que humaniza y dora la mula y el buey.

Baltasar medita, mirando la estrella
Que guía en la altura. Gaspar sueña en
La visión sagrada. Melchor ve en aquella
Visión, la llegada de un mágico bien.

Las cabalgaduras sacuden los cuellos
Cubiertos de sedas y metales. Frío
Matinal refresca belfos de camellos
Húmedos de gracia, de azur y rocío.

Las meditaciones de la barba sabia
Van acompasando los plumajes flavos,
Los ágiles trotes de potros de Arabia
Y las risas blancas de negros esclavos.

¿De dónde vinieron a la Epifanía?
¿De Persia? ¿De Egipto? ¿De la India? Es en vano
Cavilar. Vinieron de la Luz, del Día,
Del Amor. Inútil pensar, Tertuliano.

El fin anunciaban de un gran cautiverio
Y el advenimiento de un raro tesoro.
Traían un símbolo de triple misterio,
Portando el incienso, la mirra y el oro.

En las cercanías de Belén se para
El cortejo. ¿A causa? A causa de que
Una dulce niña de belleza rara
Surje ante los magos, toda ensueño y fe.

—¡Oh, Reyes!—les dice—. Yo soy una niña
Que oyó a los vecinos pastores cantar,
Y desde la próxima florida campiña
Miró vuestro regio cortejo pasar.

Yo sé que ha nacido Jesús Nazareno,
Que el mundo está lleno de gozo por él,
Y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno,
Que hace al sol más sol, y a la miel más miel.

Aun no llega el día... ¿Dónde está el establo?
Prestadme la estrella para ir a Belén.
No tengáis cuidado que la apague el diablo;
Con mis ojos puros la cuidaré bien.

Los magos quedaron silenciosos. Bella
De toda belleza, a Belén tornó
La estrella; y la niña, llevada por ella
Al establo, cuna de Jesús, entró.

Pero cuando estuvo junto a aquel infante,
En cuyas pupilas miró a Dios arder,
Se quedó pasmada, pálido el semblante,
Porque no tenía nada que ofrecer.

La Madre miraba su niño-lucero;
Las dos bestias buenas daban su calor;
Sonreía el santo viejo carpintero;
Y la niña estaba temblando de amor.

Allí había oro en cajas reales,
Perfumes en frascos de hechura oriental,
Inciensos en copas de finos metales,
Y quesos, y flores, y miel de panal.

Se puso rosada, rosada, rosada...
Ante la mirada del niño Jesús.
(Felizmente que era su madrina una hada,
De Anatole France o el doctor Mardrús.)

¡Qué dar a ese niño, qué dar sino ella!
¿Qué dar a ese tierno, divino Señor?
Le hubiera ofrecido la mágica estrella,
La de Baltasar, Gaspar y Melchor...

Mas a los influjos del hada amorosa,
Que supo el secreto de aquel corazón,
Se fué convirtiendo poco a poco en rosa,
En rosa más bella que las de Sarón.

La metamorfosis fué santa aquel día.
(La sombra lejana de Ovidio aplaudía),
Pues la dulce niña ofreció al Señor,
Que le agradecía y le sonreía,
En la melodía de la Epifanía,
Su cuerpo hecho pétalos y su alma hecha olor.

LA CANCIÓN DE LOS OSOS

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

OSOS NEGROS Y VELLUDOS DEL RIÑÓN
DE LAS MONTAÑAS,
Silenciosos viejos monjes de una iglesia inmemorial,
Vuestros ritos solitarios, vuestras prácticas extrañas,
Las humanas alimañas
Neronizan y ensangrientan la selvosa catedral.

Osos tristes y danzantes que los zíngaros de cobre
Martirizan; oso esclavo, oso fúnebre, oso pobre,
Arrancado a las entrañas de los montes del Tirol;
Sé leer en vuestros ojos y podemos hablar sobre
Atta Troll...

Osos blancos de los polos, bellos osos diamantinos,
Nadie sabe que venís,
Sobre el hielo, de un imperio de hombres blancos y divinos
Que coronan con castillos argentinos
Su país.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

¡Arcas! ¡Víctima sangrienta! Plantas, flores, ecos, liras;
—Malhadado y cruento crimen del infausto Lycaón;

En Arcadia los amores y los cánticos que inspiras,
Y en el cielo, con Calixto, la inmortal constelación.—
Los dos osos son asombro para el Toro y el León.

¡Va Criniso! Muchas ansias lleva el mozo y vida mucha;
Si cual toro lucha fiero, como oso mejor lucha
Quien de Egesta será esposo;
Cruje el monstruo entre sus brazos en la lucha que se escucha:
¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso!

Bellos osos de oro rojo que ya estáis en el regazo
Del azul donde el zodiaco sublimiza su visión;
De la lira hacedme oir el son;
Dad saludos a la Virgen en mi nombre, y un zarpazo,
Si podéis, al Escorpión.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

Danzad suave y cuerdamente;
Que la peluda alpargata
Cubra la prudente pata
Cuyo paso no se siente.
Y bajo la huyente frente
Mirad con ojo mañero
Al gitano,
Que canta con voz de Oriente
Un raro canto lejano
Y hace sonar el pandero
Con la mano
Con que remienda el caldero.
A los sueldos de los pobres
Encomienda alrededor vuestra persona,
Y en el parche del pandero caen los cobres
Por los osos, por el perro y por la mona.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

A vuestra lado va la gitanilla.
Brilla
Su mirada de negros diamantes,
Y su boca roja es fresca;
Gitanilla pintoresca,
Gitanilla de Cervantes,
O Esmeralda huguesca.
Ya vosotros bien sabéis de quién os hablo,
Pues cien veces junto a ella contemplasteis cola y cuernos
Del señor don Diablo,
Protector de las lujurias en la tierra y los infiernos.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

Danzad, osos, oh cofrades, oh poetas;
Id, chafad en las campiñas los tomillos y violetas,
Y tornad entre las flores del sendero,

Y danzad en el suburbio para el niño y el obrero,
Para el hosco vagabundo de las escabrosas rutas,
Para el pálido bandido que regó sangre y espanto,
Y para las prostitutas
Que mastican pan de crimen y de llanto.
Pues vuestra filosofía
No señala diferencia ni da halago ni reproche
A la mística azucena que adornó el pecho del día,
O a la lúgubre mandrágora de la entraña de la noche.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

Osos ermitaños
Que ponéis pavores
En pastores
Y rebaños;
El agudo cazador advierte

Que os ponéis en cruz ante la muerte,
O para dar el formidable abrazo
Que ha de exprimir la vida
Contra vuestro regazo;
Vais en dos patas como el adanida,
Es así que he admirado
Vuestro andar de canónigo, o bien de magistrado.
Con la argolla al hocico sacudís vuestra panza.
¡Osos sabios, osos fuertes y cautivos, a la danza!

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

Y al pasar un entierro
Os he visto en la senda con la mona y el perro,
Entre el círculo formado por hombres zarrapastrosos.
Grotescos enterradores
Iban conduciendo el carro de podredumbre y de flores;

Como signo de respeto
Descubríanse un mendigo y un soldado.
El gitano se acordó de su amuleto.
Y tú, oso danzarín domesticado,
Se diría que reías como estando en el secreto
Del finado,
De la losa, de la cruz y el esqueleto.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

Mas no el requiem, ni el oremus, ni el responso del gangoso
Chantre llegue a vuestro oído,
Sabio y suave oso;
Mas el canto de las zíngaras, o la música del nido,
O la estrofa del poeta,
O el ruido de los besos, o el ruido
Del amor errante ardiente en la carreta.

Bien sabéis: la vida es corta,
Y teniendo en vuestras fauces una torta,
O un panal,
Profesáis vuestros principios más allá del Bien y el Mal.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.



RITMOS ÍNTIMOS

MARÍA, EN LA PRIMAVERA
Era
Como una divina flor.
En la primavera estamos,
Amos
De la vida y del amor.

María, sé la gallarda;
Arda
Tu corazón sin razón,
Y ten la dicha que espero,
Pero
Dentro de tu corazón.

¡OH primaveral María!
Dios
Te diera tantos diamantes
Como los
Amantes
Que te besarán los pies.

Y después,
Con muchas cosas supremas,
Un palacio de oro y gemas.
Y después...
Un príncipe enamorado
A tu lado,
Para besarte los pies.

Estupendos pavos reales
A tus males
Llevarán consolación,
Y soberanos lebreles
Siempre fieles,
Soñarán tu corazón.

Estatua viva y gallarda,
Por ti arda
Una misteriosa flor.
Y vibrante y anhelante
Sé la amante
De la vida y del amor.

Deshójate como rosa.
Sé la esposa
De toda ilusión fugaz,
Pues el tiempo al amor muerde,
Y la ilusión que se pierde
Ya no nos vuelve jamás.

Y así, María, sé blanca,
Sé rosada y sé gentil,
Sé melodiosa y sé franca
Y de mañana y de Abril.

Sé muy fragante y muy buena,
Parecida a la azucena.
Sé apasionada y sé fina,
Parecida a la englantina.
Sé rosada y orgullosa
Como si fueras la rosa.

En fin, María, sé bella,
Sé parecida a la estrella;
Toda luz, toda claror.
¡Vuela del mundo pequeño
Sé parecida al ensueño
Al ensueño y al amor!

BALADA DE LA BELLA NIÑA DEL BRASIL

EXISTE UN PAÍS ENCANTADO
Donde las horas son tan bellas
Que el tiempo va a paso callado
Sobre diamantes, bajo estrellas.
Odas, cantares o querellas
Se lanzan al aire sutil
En gloria de perpetuo Abril,
Pues allí la flor preferida
Para mí, es Ana Margarida,
La niña bella del Brasil.

Dulce, dorada y primorosa,
Infanta de lírico rey,
Es una princesita rosa
Que amara Katy Grenaway.
Buscará por la eterna ley
El pájaro azul de Tyltil,
Si tú, oboe, arpa, añafil,
Cuando Aurora a vivir convida,
Adorable a Ana Margarida,
La niña bella del Brasil.

ENVIO

¡Princesa en flor, nada en la vida
Hecho de oro, rosa y marfil,
Iguala a esta joya querida:
La pequeña Ana Margarida,
La niña bella del Brasil!

Existe un mágico Eldorado
En donde Amor de rey está,
Donde hay Tijuca y Corcovado,
Y donde canta el sabiá.
El tesoro divino da
Allí mil hechizos y mil
Sueños; mas nada tan gentil
Como la flor de alba encedida
Que he visto en Ana Margarida,
La única bella del Brasil.

DANZAS GYMNESIANAS

BOLERAS

DANZAN, DANZAN LOS PAYESES
Las boleras mallorquinas;
Forman sus ochos y eses
Al son de las bandolinas.

Danzar veo a una pareja;
El danza como los majos;
Ella está toda bermeja
Y tiene los ojos bajos

Cantan los músicos alto
A acompasados compases;
El bailarín da su salto
Y hay pases y contrapases.

Otra mujer se aficiona,
Si algo gallarda algo fea,
Y aunque es un poco jamona
Muy bien que se zarandea.

Luego va una adolescente
Calipigia y de ojo brujo,
Con una cara inocente,
De hacer pecar a un cartujo.

Y al vocerío sonoro
Ella gira y se gobierna
Con tal cuidado y decoro
Que apenas se ve la pierna.

La payesita galana
No mueve, en su fuga arisca,
El talle, a la gaditana,
Los senos, a la morisca.

Sino que ella, como el
Compañero payesito,
Desempeñan el papel
Como quien oficia un rito.

Se regocija la sala
Cuando hecha rosa y jazmín
Sale una alegre zagala
Con un payés chiquitín.

A ella en sus vueltas graciosas
El dulce ritmo la impele,
Y él hace unas raras cosas
Con sus brazos de pelele.

Los mozos están gozosos,
Las niñas tienen ojeras,
Y hay indicios voluptuosos
En estas graves boleras.

Ya no hay buenos feligreses,
Ya no hay beatas Catarinas...
Danzan, danzan los payeses
Las boleras mallorquinas.

GESTA DEL COSO

DRAMATIS PERSONÆ

EL TORO

EL BUEY

LA MUCHEDUMBRE

AMÉRICA. Un coso. La tarde. El sol brilla radiosamente en un cielo despejado. En el anfiteatro hay un inmenso número de espectadores. En la arena, después de la muerte de varios toros, la cuadrilla se prepara para retirarse triunfante. El primer beluario, cerca de una huella sangrienta, está gallardo, vestido de azul y oro, muleta y espada bajo el brazo. Los banderilleros visten de amarillo y plata. En las chaquetas de los picadores espejean las lentejuelas al resplandor de la tarde. En el toril han quedado: un toro, hermoso y bravo, y un buey de servicio. Son de clarín.

LA MUCHEDUMBRE

¡Otro toro! ¡Otro toro!

EL BUEY

¿Has escuchado?
Prepara empuje, cuernos y pellejo:
Ha llegado tu turno. Ira salvaje,
Banderillas y picas que te acosan,
Aplausos al verdugo; al fin, la muerte.
Y arriba, la impasible y solitaria
Contemplación del vasto firmamento.

Yo, ridículo y ruín, soy el paciente
Esclavo. Soy el humillado eunuco.
Mi testuz sabe resistir, y llevo
Sobre los pedregales la carreta
Cuyas ruedas rechinan, y en cuya alta
Carga de pasto crujidor, a veces
Cantan versos los fuertes campesinos.
Mis ojos pensativos, al poeta,
Dan sospecha de vidas misteriosas
En que reina el enigma. Me complace
Meditar. Soy filósofo. Si sufro
El golpe y la punzada, reflexiono
Que me concede Dios este derecho:
Espantarme las moscas con el rabo.
Y sé que existe el matadero...

EL TORO

¡Pampa!

¡Libertad! ¡Aire y sol! Yo era el robusto
Señor de la planicie, donde el aire
Mi bramido llevó, cual son de un cuerno
Que soplara titán de anchos pulmones.
Con el pitón a flor de piel, yo erraba
Un tiempo en el gran mar de verdes hojas,
Cerca del cual corría el claro arroyo
Donde apagué la sed con belfo ardiente.
Luego, fuí bello rey de astas agudas:
A mi voz respondían las montañas,
Y mi estampa, magnífica y soberbia,
Hiciera arder de amor a Pasifae.
Más de una vez, el huracán indómito,
Que hunde los puños desgarrando el roble,
Bajo el cálido cielo del estío,
Sopló al paso su fuego en mis narices.
Después fueron las luchas. Era el puma,
Que me clavó sus garras en el flanco,
Y al que enterré los cuernos en el vientre.
Y tras el día caluroso, el suave

Aliento de la noche, el dulce sueño,
Sentir el alba, saludar la aurora
Que pone en mi testuz rosas y perlas:
Ver la cuadriga de Titón que avanza
Rasgando nubes con los cascos de oro,
Y alrededor de la carroza lírica
Desparecer las pálidas estrellas.
Hoy aguardo martirio, escarnio y muerte...

EL BUEY

¡Pobre declamador! Está a la entrada
De la vida una esfinge sonriente.
El azul es en veces negro. El astro
Se oculta, desparece, muere. El hombre
Es aquí el poderoso traicionero.
Para él, temor. Yo he sido en mi llanura
Soberbio como tú. Sobre la grama

Bramé orgulloso y respiré soberbio.
Hoy vivo mutilado, como, engordo,
La nuca inclino.

EL TORO

Y bien: para ti el fresco
Pasto, tranquila vida, agua en el cubo,
Esperada vejez... A mí la roja
Capa del diestro, reto y burla, el ronco
Griterío, la arena donde clavo
La pezuña, el torero que me engaña
Agil y airoso, y en mi carne entierra
El arpón de la alegre banderilla,
Encarnizado tábano de hierro;
La tempestad en mi pulmón de bruto,
El resoplido que levanta el polvo,
Mi sed de muerte en desbordado instinto,
Mis músculos de bronce que la sangre

Hinche en hirviente plétora de vida;
En mis ojos dos llamas iracundas,
La onda de rabia por mis nervios loca
Que echa su espuma en mis candentes fauces;
El clarín del bizarro torilero
Que anima la apretada muchedumbre;
El matador que enterrará hasta el pomo
En mi carne la espada; la cuadriga
De enguirnaldadas mulas que mi cuerpo
Arrastrará sangriento y palpitante;
Y el vítor y el aplauso a la estocada
Que en pleno corazón clava el acero.
¡Oh, nada más amargo! A mí, los labios
Del arma fría que me da la muerte;
Tras el escarnio, el crudo sacrificio,
El horrible estertor de la agonía...
En tanto que el azul sagrado, inmenso,
Continúa sereno, y en la altura,
El oro del gran sol rueda al poniente
En radiante apoteosis...

LA MUCHEDUMBRE

¡Otro toro!

EL BUEY

¡Calla! ¡Muere! Es tu tiempo.

EL TORO

¡Atroz sentencia!
Ayer el aire, el sol; hoy el verdugo...
¿Qué peor que este martirio?

EL BUEY

¡La impotencia!

EL TORO

¿Y qué más negro que la muerte?

EL BUEY

¡El yugo!





Y-MVY-SIGLO-DIEZ-Y-OCHO-Y-MVY-ANTIGVO
Y-MVY-MODERNO; AVDAZ,~ COSMOPOLITA;